

Insúa, como él mismo se encarga de señalar. Por eso, el libro de Nombela es a su manera una peculiar historia de los dos últimos tercios del siglo XIX. Una historia que está narrada de manera directa, porque aunque Nombela no sea un escritor de primera fila, se las arregló casi siempre para estar sentado en la primera fila de la vida de su tiempo. Fue amigo íntimo de Bécquer (y acaso a muchos esto sea lo primero que se les viene a la memoria cuando oyen su nombre), pero fue también hombre relacionado con el mundo del teatro (quiso ser actor), del arte, de la prensa (fue fundador de varios periódicos), de la política (llegó a ser en etapas diferentes secretario de personajes tan dispares como Ríos Rosas y el general Cabrera), de la novela (novelista él mismo y continuador de Fernández y González)... No resisto a copiar aquí parte de los juicios que el inefable A. Garmendia de Otaola, S. J., dedicó a Nombela. En "Lecturas buenas y malas", dice así: "En ideas y procedimientos morales no es seguro. En las novelas históricas

enrolarse como voluntario geribaldino, por ejemplo. Y sus testimonios sobre la vida de escritores, más o menos famosos, del siglo XIX, sirven no sólo para una historia de la literatura de entonces, sino también para una sociología de la misma... De hecho, las "Impresiones y recuerdos", de Nombela, son más que una sola historia el entrelazamiento de muchas y diversas historias, que acaso tienen un punto común en el caso por la vida del escritor. Cuando en 1914 se publicaron sus Obras Completas, éstas llenaron veintidós volúmenes. Y eso sin contar la mayor parte de su producción en periódicos. Con razón escribe Jorge Campos que "nada relacionado con la pluma le fue ajeno, desde exigentes ensayos críticos hasta romances de los que llevaban los ciegos hasta los últimos rincones de España, no olvidando la crónica de salones, la crítica teatral, y aun las mismas producciones teatrales, estrenadas en Madrid y muchas veces aceptadas con fervoroso aplauso". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Hispanoamérica, entre el mito y la realidad

América Latina participa de una doble cualidad: ser bastante desconocida incluso para sus propios habitantes, cuyas élites frecuentemente viven de espaldas a su medio y preocupadas por imitar otras realidades sociales diferentes a la suya, y son proclives a dejarse impresionar por luminarias culturales trascendentales; y, por otro lado, de causar un cierto impacto en otros medios bien alejados geográfica y socialmente de las Repúblicas situadas al Sur del Río Grande. El que los latinoamericanos en buena parte participen de la cultura occidental, hace que los sucesos que acontezcan en sus países tengan, generalmente, mucho más eco que los originados en otras partes del Tercer Mundo, cuyas realidades se nos antojan como más exóticas. América Latina y los latinoamericanos se nos transforman en algo nuestro, y cuando uso el posesivo no lo hago limitándolo a los españoles, sino reconociendo que este efecto es extensible a casi todos los europeos.

En el caso de España, esa situación está más acentuada por el hecho de que la cultura latinoamericana nos es mucho más

cercana y también porque todo lo latinoamericano en la España del último medio siglo ha sido mitificado mediante la tendencia del imperialismo romántico-paternalista del fascismo español a mitificar Hispanoamérica y al hispanoamericano, lo cual no ha significado que se redujera en lo más mínimo el desconocimiento de la auténtica realidad de esos países.

Todo ello ha originado que se fueran prefigurando unos estereotipos y tópicos respecto al prototipo del latinoamericano, y éste a su vez como representación de su sociedad y de su historia, que pueden estar enmarcados por los polos del "buen salvaje" y del "buen revolucionario".

Con un afán de desmitificar y, por consiguiente, con intención de acercarse lo más posible a la ciencia y a la crítica de lo que hasta se ha tomado como dogmático o axiomático, el venezolano Carlos Rangel ha escogido esas dos figuras del buen salvaje y del buen revolucionario para enmarcar un proceso crítico a su sociedad —la hispanoamericana, término que argumenta y motiva— y a su vez para titular su libro, obra con la que una prestigiosa editorial venezolana, con cargado catálogo, pero prácticamente desconocido en España, irrumpe en nuestro mercado del libro.

Hasta época relativamente reciente, se puede decir que los libros relativos a América Latina pasaban prácticamente inadvertidos para la inquietud lectora de los españoles, y tales obras quedaban en manos de especialistas ocupados más o menos profesionalmente por esos países, o en las de los aún menos numerosos preocupados por América Latina. La omnipresente censura nos impedía, por otro lado, que llegaran trabajos relativos a las convulsiones que agitaban aquellas tierras, cuyo conocimiento hubiera incrementado el interés hacia ellas. Todavía recuerdo la época en la que nos pasábamos los estudiantes de la Facultad de Ciencias Políticas, en un ambiente de clandestinidad, dos ejemplares de "Escucha, Yankee". Sin embargo, en los últimos años, y principalmente desde que Chile se convirtió en algo íntimamente coparticipado por muchos españoles, América Latina va cobrando puestos más relevantes cuantitativa y cualitativamente entre nuestros lectores.

Es quizá este factor lo que va a hacer que "Del buen salvaje al buen revolucionario" (1) no pase

(1) Rangel, Carlos: "Del buen salvaje al buen revolucionario". Monte Avila Editores Caracas, 1976. 257 páginas.

inadvertido como hubiera ocurrido hace sólo unos pocos años, y que, sin que llegue a convertirse en un "best-seller", tal como ha sucedido con él en América Latina, se convierta en una obra de bastante aceptación dentro de ciertos límites.

La pretensión del trabajo es la de servir de revulsivo y ser polémica, y en este sentido no se puede decir menos que ha cubierto sus objetivos previstos. Igualmente, es una obra que acercará y acrecentará el interés sobre el discurso de la historia latinoamericana.

En lo que respecta a quien escribe estas líneas, no puedo menos que confesar que me ha interesado bastante la obra, y que con ciertas partes me he llegado a sentir herido u ofendido al ver cómo se atacaban o discutían elementos que consideraba como "sacrosantos". Lo peor es cuando, además, me he visto enfrentado con algunas dudas que me han producido la siguiente reflexión: ¿Será verdad? ¿Tendrá razón Rangel? ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

La Historia para hoy: el 98, aclarado por fin

Mucho se ha hablado y escrito sobre la generación literaria del 98, ya sea por motivos literarios o por razones de dilucidación histórica a la hora de enfrentar cuestiones como la "del español ante su país", el proceso recurrente entre "europelismo o nacionalismo", radicalmente desdoblado en las últimas décadas con las aculaciones —igualmente falsas— del "España es diferente" del período autárquico y el "España es Europa" de la posterior estrategia desarrollista, "el sentimiento trágico de la vida" unamuniano de los españoles o la dicotomía permanente entre la "España oficial" y la "España real".

Pero el justificado brillo de la literatura acaso ha ocultado otro 98, el sociológico, con mayores posibilidades concretas y específicas a la hora de dar cuenta de la génesis y contradicciones de la obra literaria o de explicarnos más fructuosamente el origen y la dinámica concreta de unas cuantas cuestiones nacionales tan debatidas como irresueltas en la desmadrada ensayística de las sucesivas generaciones de individualidades prestigiosas o "cabezas pensantes del país". Cuestiones que ahora aborda el historiador Al-



Julio Nombela.

ni todos los hechos los ha bebido en las puras fuentes, ni tiene sano criterio en juzgar los verdaderos (...). De más daño que provecho (...). Amores ilegítimos, párrafos sensuales y uno de orgía más peligroso y deshonesto". Lo de amores ilegítimos con toda seguridad no lo habría bebido en puras fuentes; Nombela tenía ideas muy tradicionales y escribió a propósito de su boda "siempre he creído y sigo creyendo que los lazos de la familia moral debe formarlos la religión y en su nombre la Iglesia". Pero fuera de la vida familiar sus experiencias políticas y de otro tipo sí que fueron bebidas en buenas fuentes. A punto estuvo de

fonso Ortí, alcanzando un grado de esclarecimiento desconocido e insólito aún entre la historiografía última:

La cuestión histórica e ideológica clave, entonces y ahora —dice el profesor Ortí—, para la cultura política de los españoles: es decir, la de "una explicación global de por qué, ya que se ha tomado como modelo de referencia el desarrollo constitucional de Occidente —escribió José María Jover en 1973—, el desarrollo constitucional de España presenta tan radicales anomalías con respecto al modelo adoptado". O como ya se lo planteó la crítica regeneracionista en 1901: "Es decir, que no es verdad que la soberanía reside en la nación; que no es verdad que el régimen político de ésta sea el parlamentario, según llamamos al gobierno del país por el país... —propone Costa como objeto de reflexión nacional—... que tenemos todas las apariencias y ninguna de las realidades de un pueblo constituido según ley y orden jurídico". O la individual y condenatoria exclamación forgiana —¡país!— en que todos caemos, tarde o temprano, aunque haya llovido bastante desde que Manuel Azaña la cuestionara: "Desde entonces (desde el 98) corre por válida la especie de que el ser español es una excusa de impotencia". Mucho antes del 98, Larra, que no quiso excusarse en "Este país", acabó dándose un pistoletazo.

Gracias a la investigación de Alfonso Ortí, el enfrentamiento de estas y otras cuestiones por el 98 sociológico tiene su expresión más significativa en la edición crítica de "Oligarquía y caciquismo" (1), obra reeditada ahora (tomada de las ediciones de primeros de siglo) recogiendo la Memoria de Joaquín Costa que dio origen a un debate "nacional" convocado por el Ateneo de Madrid en 1901; los textos de los informantes, expresivos de un amplio abanico de personalidades y entidades de las clases medias ilustradas (Posada, Unamuno, Ramón y Cajal, Maura, Azcárate, la Pardo Bazán, profesionales liberales, representantes de Cámaras de Comercio e Industria, etc.); el resumen de esta información por el propio Costa y un amplísimo prólogo-estudio de Ortí que rebasa el marco de la información y de la época.

En realidad, la edición que nos ocupa ofrece bastante más, con ser mucho, que la clarificación de la obra de Costa, el regeneracionismo o la frustrada rebelión —verbal— de la airada pe-

(1) Ediciones de la "Revista del Trabajo", 2 vol.



Joaquín Costa.

queña burguesía frente al Gran Padre Burgués, simbolizado en el Estado liberal e intencionalmente proyectada en su evolución hasta hoy por el prologuista. De todas maneras, es a partir de los textos de las clases medias informantes el que la atención se centre fundamentalmente en la evolución de las mismas hasta nuestros días, observadas desde una triple lectura para una aproximación a la comprensión proyectista de su comportamiento político. Triple lectura desde una determinada concepción histórica, rigurosamente omnipresente e implacable, que rebasando la cerrada dimensión de la castiza conciencia nacional, sitúa los problemas en el marco más amplio de la dinámica europea en el último siglo, enriqueciendo así y dinamizando las valoraciones de las cuestiones debatidas. El enfoque dialéctico del historiador sitúa tales cuestiones en un mundo referencial que incluye, por ejemplo, la formación de los estados liberales, los cambios mentales y filosóficos generales, el populismo ruso, el tratamiento individualizado de algunas personalidades clave para el estudio de las estructuras psíquicas de clase, tales como Max Weber y Freud, etcétera. Intento de interpretación totalizadora que desde una amplia y dinámica conciencia histórica aúna a un tiempo la dimensión metodológica del historiador, el instrumental de las ca-

tegorías y la técnica del sociólogo y una original interpretación psicoanalítica aplicada a la Historia. ■ FRANCISCO ALMAZAN.

CANCION

Canciones para nunca de ninguna guerra

El pueblo siempre inventa; el que inventa siempre es, desde luego, el pueblo, y los intelectuales —profesionales de la invención— no hacen más que reflejar imperfectamente este juego. En los años cuarenta, después de una guerra que había costado, entre otras cosas, más de un millón de muertos efectivos —esto es, en los campos de batalla— y muchísimos más muertos de hambre y de desesperación, el pueblo español tuvo que inventarse un tipo de canción que le distrajera de su continua pesadilla. De ahí "La vaca lechera", cuando la leche nos la daban en polvo y además de estraperlo. Son canciones para nunca y de ninguna guerra, son himnos para el olvido o la reelaboración de una realidad existente, pero profundamente desagradable.

Olvidemos por un momento la tremenda contrastación que hace Basilio M. Patino entre una realidad patética y una canción igualmente patética, pero con visos de humor o de pasión. Centrémonos solamente en la labor musical del disco "Canciones para después de una guerra", editado hace pocas semanas por CBS. Se recuperan unos años, años que han sido de mi infancia. Se recupera el bolero y el bayón —únicas importaciones de la música extranjera del momento— y se nos ofrece la maravillosa versión adulterada del flamenco que en aquellos momentos se hacía: Imperio Argentina y Concha Piquer, que tienen un gran valor en sí como canzonetistas, pero que realmente son el exponente máximo —por lo menos en lo recogido en este disco— de lo que se puede hacer con un tipo de folklore cuando, desde las alturas, se lo quiere destruir.

Se recoge también —con un enorme gracejo irónico— momentos del triunfalista cine de la Cifesa: las voces que interpretaron "Agustina de Aragón" o

"Locura de amor" nos son rendidas en toda su espectacularidad grotesca.

Este disco, treinta y tantos años después de los sucesos que dieron lugar a las canciones que en él se recogen, puede parecer a algunos gracioso y divertido; no es tal. O si lo es, pero no únicamente: refleja dos cosas: el esfuerzo de un pueblo casi asesinado —a un pueblo nunca se le asesina, pero se le puede llevar a la agonía— para olvidar su nulificación, y el otro esfuerzo de un Gobierno fascista para hacer de la realidad un inmenso decorado de cartón piedra. ■ E. H. I.

Las "Cançons de Festa" de María del Mar Bonet

María del Mar Bonet ha comenzado, con brío y éxito, su nunca olvidado trabajo sobre la música popular mallorquina, como demuestra su último disco de larga duración aparecido en el mercado discográfico (1). Para ello ha contado con la ayuda de buenos amigos suyos y de la gente que le ha enseñado, a través de los años, lo más puro de los cantares populares mallorquines.

Cançons de Festa (canciones festivas) es seguramente lo mejor de María del Mar Bonet hasta el momento. Y además de ser lo mejor puede llegar a ser lo más importante. Su disco es, por su contenido, por su forma y por su intencionalidad, puro mallorquinismo testimonial y militante. El amor a su tierra y a la cultura popular de su pueblo ayudan a connotar estas canciones festivas mallorquinas interpretadas por ella, pero que son fruto de continuos años de vivencia popular; de un pueblo como el mallorquín que ha padecido yugos opresores forasteros durante siglos y que, al mismo tiempo (esos yugos) le han conferido una personalidad particular irrepetible: una personalidad marcada fundamentalmente por lo arábigo-musulmánico en cuanto a lo esclavista, popular y campesino, y por lo catalán en tanto a lo noble, burgués y urbano. Aunque, con el paso de los años, el factor idiomático catalán se superpuso a muchos elementos culturales musulmanes, hasta que, ya en tiempos recientes, lo "español" ha sumergido

(1) María del Mar Bonet: Cançons de Festa. Barcelona, ARIOLA, 1976, serie Pàuta (en la que están incluidos, entre otros, Manuel Gerena, Aute, Aguaviva, Julia y Rosa León y Canarias).